

pueblo bajo los auspicios del gran visir, se llevaria por aclamacion el trono, ántes de que llegara á saber Bajazet la muerte de Mahomet II. Un correo rápido y confidencial llevó á Djem á Magnesia el plan del visir.

Pero un exceso de prudencia perdió á Djem y á su protector. Temiendo que Bajazet llegase el primero á Constantinopla y arrebatase con su presencia el corazon de los genizaros que se habian quedado allí de guarnicion, el gran visir Mahommed les envió la orden de pasar al Bósforo y de presentarse inmediatamente en el campamento de la Pradera imperial. Miéntras ejecutaban esta orden inusitada, salia del campo en direccion á Scutari una litera cerrada con rejas y cortinas, y escoltada por eunucos y guardias, donde decian que iba el sultan enfermo que se mandaba trasportar al baño de su serrallo de Constantinopla. El campamento y el pueblo no sospechaban nada, pero los genizaros descontentos que marchaban hácia la Pradera imperial, se encontraron á la mitad del camino del campo á la mar con la litera imperial, y habiéndose esparcido entre los soldados el rumor de una superchería pérfida, se amontonaron en derredor de la comitiva y pidieron á voces que les mostraran á su emperador. Abriéronse las cortinas y solo hallaron el cadáver de Mahomet II. Al ver aquello,

sospecharon un crimen de Estado, detuvieron la litera, corrieron al campo á llamar á sus camaradas á la venganza, volvieron en tumulto á orillas de la mar, se embarcaron por fuerza en todas las radas pequeñas de la costa de Asia, llegaron en plena sedicion á Constantinopla, saquearon el barrio de los judíos, los palacios de los bajás que creian favorables á la causa de Djem y entraron por asalto en el serrallo y cortaron la cabeza al gran visir á quien acusaban de haber premeditado la usurpacion del trono y la muerte del sultan legítimo, en beneficio de su hermano. El cadáver apénas frio de Mahomet II asistió de aquel modo á la anarquía causada por su muerte, y un interregno sangriento consternó durante algunos dias á Constantinopla sin emperador y sin visir.

XXV

Sin embargo, el divan, los bajás, los visires y el ejército que al ruido de aquellas sediciones y asesinatos habian vuelto á la capital, se reunen en el serrallo para salvar el imperio entregado á la anarquía

de la soldadesca, y por unanimidad hacen dictador á Ishak-bajá, hombre íntegro y firme respetado de los soldados. Ishak reúne un puñado de genízaros y de tchauschs ó chiaux fieles, arrostra valerosamente con la autoridad de la ley y el sable de los verdugos la sedicion de los revoltosos, y secundado por los ciudadanos y los mollas, los reprime, los intimida y los obliga á entrar en el órden. Urgiendo mucho el poner fin á un interregno que la dictatura no podria dominar largo tiempo, corre al serrallo donde Mahomet II habia guardado en rehenes á dos niños de sus hijos, el uno llamado Korkud, hijo de Bajazet, de ocho años de edad, y el otro Oguz-Khan, hijo de Djem que estaba aun en la cuna, y presenta al primero al ejército que le proclama sultan provisional, miéntras llega su padre y que se prosterna en su presencia. El pueblo otomano que solo ve el derecho de la nacion en el derecho de familia, obedece sin murmurar á ese derecho coronado en un niño.

XXVI

Sin embargo, como si la fortuna hubiera querido cortar uno á uno todos los hilos de la trama urdida

por el gran visir decapitado, el confidente que envió á Djem para llamarle á la Pradera imperial no habia llegado hasta Magnesia; hallado en el camino por Sinan-bajá, gobernador de Anatolia, que abrió sus despachos, Sinan-bajá partidario interesado de Bajazet porque se habia casado con su hermana, mandó á sus verdugos que dieran muerte al confidente para sofocar el mensaje con la vida del mensajero. De este modo Djem ignoró largo tiempo la muerte de su padre y los sucesos de Constantinopla.

Bajazet, aunque tarde, los supo á la llegada de Keklik-Mustafá. Presuroso de subir al trono, y temiendo que su hermano se adelantara á él, Bajazet habia salido aquella misma noche de Amasia á la cabeza de cuatro mil ginetes escogidos de su gobierno. En doce dias, gracias á la rapidéz de la caballería turcomana, habia entrado en Scutari, arrabal asiático de Constantinopla, separado únicamente del serrallo por la embocadura del Bósforo. Acompañábale su visir favorito Mustafá-bajá, hijo de Hamza-Beg, á quien destinaba en Constantinopla bajo su mando, el poderío que este hábil visir habia ejercido en Amasia.

Los visires, los generales, los agas de los genízaros, la ciudad entera se embarcan á bordo de las galeras y de los *caiques* de Constantinopla, para formar la comitiva

del nuevo sultan, y atravesar en triunfo el estrecho que le separaba del serrallo. Pero las intrigas no esperaron su entrada en la capital para estallar en torno suyo. Un dictador popular, los bajás ambiciosos, una ciudad agitada y los genízaros indisciplinados no podían doblegarse, sin condiciones, al yugo de un joven príncipe desconocido á quien acababan de otorgar el imperio. Todos querían prendas de su gratitud.

Ishak-bajá, que estaba ejerciendo hacia doce días las funciones de gran visir y que temía ser reemplazado por Mustafá de Amasia, sembró hábilmente entre los genízaros el rumor de que ese favorito aconsejaba á su amo el romper el yugo de esa milicia, reformar su disciplina y reducir su paga. El sultan intimidado por estos rumores, alejó á su ministro Mustafá ántes de entrar en su galera. El favorito fué enviado á Amasia, pero esto no les bastaba á los genízaros, y apénas el sultan tocó á la tierra de Europa, cuando esta milicia formada en batalla sobre la punta del serrallo, le pidió á gritos que amnistiara mediante un juramento solemne á los que entre ellos habian decapitado al gran visir de su padre, y saqueado las casas de Constantinopla. Alentados con la palabra que arrancaron al sultan, exigieron tambien sediciosamente una liberalidad imperial, á título de advenimiento al imperio, parecida á la que los em-

peradores romanos, proclamados por los pretorianos, distribuian á los que les habian coronado, atribuyéndose así el derecho de venderle el trono.

Bajazet, rodeado de sediciosos, no tenia otra alternativa que la condescendencia ó la sublevacion. Ratificó el deseo del ejército, y de este modo convirtió la avidéz de los soldados en una costumbre ruinosa para el tesoro público. Con estas concesiones le permitieron la entrada en su palacio.

XXVII

Al otro día cambiando su turbante blanco por uno negro en señal de luto, presidió las ceremonias de las exequias de su padre y depositó el cuerpo de Mahomet II en la tumba que este príncipe se habia dispuesto en un magnífico *turbé* construido bajo los muros de la mezquita que lleva su nombre.

Ishak-bajá fué nombrado gran visir, y se formó precipitadamente por sus órdenes un campamento en Scutari para prevenir, si era necesario, la competencia de Djem al imperio.

Trascurrieron algunos días en las fiestas del advenimiento al trono y en la incertidumbre de los sucesos que la sumisión ó la resistencia de las tropas de Asia al gobierno de Bajazet II preparaban á la capital. Este tiempo se empleó en exaltar ó en maldecir en los lugares públicos la memoria de Mahomet II.

« Conquistó dos imperios, decían los partidarios de
 « este príncipe, el de Bizancio y el de Trebisonda,
 « subyugó doscientas ciudades fuertes, agregó á la
 « herencia de los otomanos catorce reinos ó princi-
 « pados soberanos, fundó escuelas, bibliotecas, mez-
 « quitas, hospitales sin cuento para la santificación,
 « la instruccion y el alivio del pueblo; la mezquita
 « rival de Santa Sofia lleva su nombre y guarda su
 « cuerpo; sus caminos, sus acueductos, sus baños
 « públicos cubren las provincias administradas por
 « sus visires; honró y cultivó él mismo las letras;
 « la poesía, la astronomía, las matemáticas fomen-
 « tadas con sus munificencias y las de Mahmud su
 « gran visir, han llamado á Constantinopla á los hom-
 « bres mas políticos y mas eruditos del Oriente y del
 « Occidente; escribía de su puño y letra y en sus di-
 « ferentes idiomas á los príncipes, á los hombres mas
 « eminentes de todos los países, con quiénes estaba
 « en relaciones; su córte era una academia de filóso-
 « fos y de poetas cuya conversacion le distraía de

« las fatigas de la guerra ó de los cuidados de la am-
 « bicion; el último de sus grandes visires, que los
 « genizaros mataron al otro día de su muerte, era el
 « primer escritor de su tiempo; cuatro visires, de
 « los que tuvo, cultivaban como él la poesía; en su
 « divan se reunian todas las celebridades del impe-
 « rio; treinta de los poetas líricos otomanos, entre
 « ellos una mujer, la famosa *Seineb* de Brusa, reci-
 « bían de él pensiones y honores; uno de sus guer-
 « reros, Ahmed-bajá es mas ilustre por sus cantos
 « religiosos que por sus victorias; la epopeya nacio-
 « nal de Djemali, el historiador en verso del impe-
 « rio, interrumpida por la muerte de su autor, ha
 « sido continuada por el Scheik Gulscheni. El res-
 « peto que profesaba á la ciencia teológica del Co-
 « ran, hizo que recompensara cuando subió al trono,
 « los varazos que su ayo Kurani le habia dado en
 « Magnesia por orden de su padre para obligarle á
 « adornar su memoria con pasajes del libro sagrado;
 « por último, soportaba humildemente la contradic-
 « cion de los sabios, y las lecciones de los cuerdos.

— « ¡Con que te atreves á discutir contra mí! »
 dijo un día encolerizado á Khodjá-Zadé que le ense-
 ñaba la jurisprudencia necesaria para un fundador
 de Instituciones. — « Como tu esclavo, no, le res-
 « pondió el lejista, como tu profesor, sí, me atrevo á

« ello, pues tú eres mi soberano en otras partes, aquí
« eres mi discípulo. »

« Mahomet II, respondian los hombres sensatos,
« fué grande como soberano, pero como hombre fué
« perverso. Tuvo afición á la ciencia, á la poesía y á
« las letras, no como un elemento de virtud, sino
« como un elemento de gloria. La civilizacion le
« gustaba como medio de consolidar sus conquistas.
« Para él no existian lo justo y lo injusto; solo la am-
« bicion era el alma de su política. No hay duda que
« engrandeció el imperio, pero tambien deshonoró el
« nombre de los otomanos. Sus costumbres deprava-
« das pusieron de manifesto en el palacio, los
« amores infames reprobados por la naturaleza; no
« le bastaba para sus desórdenes uno de los dos
« sexos, y su insolencia castigaba con la muerte á
« los niños y á las vírgenes que se resistian á su las-
« civia; mandó degollar al hijo del gran duque No-
« taras y á la hija del gobernador veneciano de Ne-
« groponto, Erizzo, porque prefirieron la muerte á la
« infamia; deshonoró el haren de su padre obligando
« á su viuda á que se casara con un esclavo del pa-
« lacio; ahogó á su hermano en la cuna para apagar
« con la vida de un niño toda rivalidad futura; de-
« capitó por celos á dos grandes visires inocentes que
« fueron los mejores servidores y los hombres mas

« virtuosos de su corte; y por último, degolló á su
« propio hijo, al heróico Mustafá, para castigarle no
« por su crimen sino por su gloria. Su único monu-
« mento es Constantinopla, su único nombre el *Con-*
« *quistador*, pero su memoria que en adelante nadie
« podrá olvidar al poner el pié en la tierra de Bizan-
« cio, será á la vez el orgullo y la humillacion del
« trono de los otomanos. »

Así hablaban al otro dia de su muerte los escrito-
res griegos, italianos, persas, y aun los turcos, con-
temporáneos de Mahomet II el Conquistador; y estos
fallos que varian segun las diferencias de naciones,
son hoy todavía el fallo de la posteridad. Grande en
su reinado, fué un hombre inmoral y sanguinario que
la historia hace admirar á veces, pero que en lo co-
mun, hace que la humanidad se sonroje y se estre-
mezca con su memoria.



